

El 16 de Febrero de 1846, Magendie decía al Colegio de Francia: «Sabadlo bien, la enfermedad sigue habitualmente su marcha, sin ser influenciada por la medicación dirigida contra ella Si yo dijese todo mi pensamiento, añadiría que en los servicios en los que la medicina es más activa, la mortalidad es más considerable.»

Kurt Sprengel, uno de los más célebres profesores de la Prusia, y miembro asociado de la Academia de Ciencias de París, llegó á concluir, después de estudios inmensos y de ricos conocimientos en clínica, «que el escepticismo, en medicina, es el colmo de la ciencia, y que el partido más sabio consiste en mirar á todas las opiniones con el ojo de la indiferencia, sin adoptar ninguna.»

Obrad, entonces, después de tales confesiones que os atan la conciencia! Y además, recuerdo que el famoso filósofo Jamblico confesó, en su Sonrisa Mística que LA MEDICINA ES LA HIJA DE LOS SUEÑOS.

En fin, el Hipócrates inglés Sydenham, decía con una sorprendente sencillez: «QUA MEDICA APPELLATUR REVERA CONFABULANDI GARRIENDIQUE POTIUS EST ARS, QUAM MEDENDI, «Lo que se llama arte médico, más bien es el arte de conversar y de charlar, que el arte de curar.»

Y yo me dije, reflexionando en todas estas confesiones: ¿cómo un médico puede continuar siendo médico? ¿Cómo no hace todos sus esfuerzos para escapar de la cruel sentencia del célebre Hecquer, antiguo decano de la Facultad de París, y tan notable por su piedad como por su ciencia? Decía: QUE LOS MEDICOS SE PREPARAN REMORDIMIENTOS PARA EL PORVENIR, Y QUE EN SUS ULTIMOS DIAS FORMAN UNA COFRADIA DE PENITENTES.

¡He aquí las olas de la incredulidad!

No me preguntéis ahora, qué es un médico alópata, porque me guardaría muy bien de responder á esta pregunta. Para construir esta definición ¿no podría agotar todas las confesiones que acabamos de escuchar? Si os faltan algunas dirigios, para más amplios detalles, á los escritos de Moliere, Lesage, etc., etc.

Pero, si ante todos esos actos de acusación, encontráis que mi mano imprudente no hubiera debido levantar el manto real que cubre los harapos de la Alopátia, os diré con el satírico Montaigne: «No hubiera osado remover tan audazmente los misterios de la medicina, si no hubiera sido impulsado por sus mismos autores. Si algún día los veis, hallaréis que ellos hablan más rudamente de su arte que yo: NO HA-

GOLOS QUE PICADOS, ELLOS LE DEGUELLAN.»

Sin embargo, yo oía hablar siempre de la nueva doctrina: sus progresos iban, se decía, con una velocidad sorprendente para la Academia, y su luz disipaba por doquiera las nubes de la incrédula oposición.

Un día, por azar, fuí testigo de una polémica epistolar, entre dos médicos, representando los dos campos. Quedé admirado de la lucidez y de la energía de los argumentos del homeópata contra el alópata, y quedé extraordinariamente sorprendido, cuando oí predecir con la convicción de la certidumbre, que algún día la Alopátia, no sería más que la humilde sirvienta de la Homeopatía.

Otro día, las circunstancias me pusieron en conflicto con un médico homeópata, lleno de mérito, y MUCHO MAS DE MODESTIA, por cuyo motivo no le nombro. Tuvimos una larga conversación, y aun diré, una larga discusión. El halló en mí, por una parte, todo el fuego del antagonismo; pero, por otra, una conquista muy fácil para cualquier reforma médica. En este momento, la creencia había abandonado á mi espíritu y la duda más triste presidía á todos los actos de mi práctica.

Si de esta lucha no salí convencido, cuando menos tuve la resolu-

ción de convencerme, en pro ó en contra, por nuevos estudios. Tomé, pues, mi partido, quise tener la conciencia neta, me procuré libros, me entregué al trabajo, y abandonando mi antiguo ídolo, hice mi primera entrada en el templo de Hahnemann. Entonces, á ejemplo de Descartes, hice TABLA RASA, y despojé á mi espíritu de todo sistema médico.

Primero, leí la exposición filosófica de los principios de la Homeopatía, y recibí una impresión favorable cuando oí decir á Hahnemann: «No me creais bajo mi palabra, comprobad los hechos.»

Nombradme un innovador que haya dado, con más franqueza, más garantía de verdad.

Cónsagré en seguida algunos meses á la lectura de las principales obras homeopáticas, y ya son numerosas. A medida que avanzaba en mis nuevos estudios, sentía poco á poco, desvanecerse mis dudas, la convicción formarse en mi espíritu, y la calma descender á mi conciencia. Ya no me faltaba más que la sanción de los hechos. Me procuré entonces algunos de los principales medicamentos homeopáticos y me preparé á someterlos al crisol de la experiencia. Desde entonces, me propuse tratar por la Homeopatía todos los casos patológicos que estuviesen en el radio de mis nuevos

conocimientos, y siempre que no hubiera inminencia de peligro. Entonces no tenía una fe tan robusta, ni una instrucción tan desarrollada, para tratar todas las enfermedades, y encerrarme dentro del círculo de un exclusivismo razonado y metódico.

Mi primer ensayo lo hice sobre dos niños, dos jóvenes que tenían fiebre intermitente: esa fiebre presentaba en los dos aparentemente, el mismo carácter y el mismo tipo. Apliqué el mismo medicamento; uno sanó con una sola dosis, y ya no hubo acceso; el otro no sanó sino quince días después: y me vi obligado á interrogar y emplear cuatro ó cinco medicamentos.

Algún tiempo después, mis experimentos fueron favorecidos por una epidemia de cólerina; todos los niños fueron atacados y algunos sucumbieron. A todos los traté por la Homeopatía: declaro y certifico que no perdí ni uno solo.

Una noche, fui llamado al campo, para asistir á una mujer que tenía una angina tonsilar, es decir, una inflamación de las amígdalas. Los síntomas eran muy intensos, la enferma no respiraba sino con mucha dificultad y la deglución era casi imposible. Mi espíritu quedó sometido, en este momento, á una prueba muy fuerte: sentí todas las espigas de la antigua incertidum-

bre. Hice grandes esfuerzos para no ordenar sangrías, vegigatorios, etc., etc. Mi deseo de ver y obtener los hechos, terminó, sin embargo, por triunfar, y no di más que el medicamento homeopático que me pareció convenir á la enferma.

Mas estaba lejos de estar tranquilo y me prometía no persistir en ese tratamiento por poco que viese á los síntomas marchar hacia la gravedad. Así un nadador débil y novicio todavía, se aventura temeroso y tímido, ensaya sus primeros pasos y sus primeros movimientos; pero al menor ruido, á la más pequeña corriente, á la más pequeña onda, huye espantado y vuelve á la ribera.

Al día siguiente, fué grande mi actividad para hacer mi visita, pero aun mayor fué mi satisfacción, cuando vi á mi enferma tranquila y llena de bienestar. Al otro día esta enferma estaba curada y no hallaba expresiones para mostrarme su alegría y su bienestar.

Dos ó tres días después, se me vino á buscar para atender á una enferma en una casa de campo. Era una joven de cerca de 15 años; la hallé en el estado más alarmante; se retorció con convulsiones y vómitos espantosos; el cuadro de los síntomas era terrible, aun para un médico; fué asistida por dos doctores que habían perdido toda espe-

ranza, y pronunciado su última palabra á los parientes desolados.

Como tuve la precaución de llevar una caja que contenía algunos de los principales medicamentos, me apresuré á poner en un vaso de agua, una gota de aquel que creí semejante á esos síntomas, y de ese vaso de agua administré inmediatamente una cucharada cafetera. Algunos momentos después, vimos estallar una crisis de las más terribles, como ella nunca había tenido. Todos creíamos que éste era el instante de su muerte. Sin embargo, volvió en sí y arriesgué una segunda dosis.

Todos esperábamos con ansiedad, y yo, en particular, estaba torturado por la más cruel incertidumbre. Pero nada reapareció; permanecí todavía dos horas cerca de la enferma, quien permaneció calmada y tranquila. Ya no le di nada, y partí con el vértigo de la admiración.

Al día siguiente por la mañana, dirigiéndome á ver á un anciano, en una casa vecina, la primera persona que encontré cerca de su lecho, fué á esa joven, que prodigaba á ese pobre enfermo los cuidados de la más dulce amistad.

Ahora, os voy á referir un hecho personal, y el que quizá, ha cooperado más á mi conversión.

Sin ninguna causa apreciable, y sin poder darme cuenta, ví desarro-

llarse poco á poco, en el espesor de mi párpado izquierdo, un tumor más grande que un chícharo. Hacía algunos meses me aplicaba un tratamiento infructuoso; había consultado á varios de mis colegas; seguí escrupulosamente sus consultas, pero todo fué inútil, y mi tumor siempre crecía.

Ya cansado, me propuse ir á Montpellier á hacerme operar, cuando una circunstancia me puso en relación con un médico homeópata. En el curso de nuestra conversación:

—Pues bien, me dijo, este tumor, por ejemplo, que tenéis en vuestro párpado, podréis hacerle desaparecer por un tratamiento puramente homeopático.

—Voy á experimentar, le dije, y si tiene éxito, decididamente soy de los vuestros.

Me trazó este tratamiento, y al cabo de mes y medio, ya no tenía nada. De esto hace ocho años, y mi tumor no ha reaparecido.

Así fué como de día en día, avancé á pequeños pasos, en mi nueva ruta; y, á medida que avanzaba y me alejaba de la ruta antigua, sentía nacer en mi alma, una dulce esperanza. ¡Mas, cuán lejos estaba todavía de la calma de la certidumbre! Obtenía hechos, pero dudaba, invocaba las coincidencias, los recursos de la naturaleza, los capri-

chos de la casualidad. Estaba en una época de transición; época de desoladora fluctuación para todos aquellos que pasande un estado habitual á un estado nuevo. Por una parte, aún no se ha aprendido: lo que no se quiere, se sabe, pero lo que se quisiera, no se sabe todavía. En fin, se tiene el disgusto de lo que se posee, y no se ama todavía lo que se espera poseer. Estas son vagas oscilaciones entre la última sombra y la primera luz, entre el arrepentimiento y el deseo, entre la negación y lo posible. Es como un viajero, quien después de haber abandonado su primera ruta, suspende su marcha á cada nueva dificultad, mira frecuentemente hacia atrás y no osa seguir adelante. Nada entorpece al alma como la duda; cuando la afianza en su reddecilla, ella termina por adormecerse en la inercia de la indiferencia. La duda, es semejante á la calma del mar, no sopla ningún viento, la vela permanece dormida y el navío languidece en una desoladora inmovilidad.

Así fué como, durante un año, poco más ó menos, practiqué ya la Homeopatía, ya la Alopátia, y como consecuencia forzosa, yo no ejercía bien ni la una ni la otra. Tenía necesidad de algún hecho decisivo, irresistible, que viniera á derribarme y encadenarme. Pues bien,

este hecho se realizó, hé aquí cómo:

Un hombre, joven todavía, me llamó para proporcionarle mis cuidados; después de haberle examinado, ví que estaba atacado de una fluxión de pecho muy intensa y muy caracterizada. Los dos pulmones estaban atacados: no era preciso ser médico para dar ese diagnóstico.

—Señor, me dijo el enfermo, os he hecho llamar porque se me ha dicho que sois médico homeópata; mi hermano murió hace un mes de una fluxión de pecho; cinco veces se le sangró, pero se me ha dicho que usted no me sangraría y yo no quiero ser sangrado.

Sentí con estas palabras las conmociones de un fuego eléctrico.

—Permitidme, le dije entonces, que suceda lo que suceda, tendréis entera confianza, que no haréis sino lo que os diga, y que no escucharéis ninguna observación extraña.

—Así lo quiero, ésta es mi voluntad, me respondió, podéis obrar.

Hé aquí, ciertamente, un caso, que yo no hubiera tratado por la Homeopatía, si yo hubiera sido libre. Veía á un hombre joven, fuerte, robusto, que se ahogaba con su sangre, y mi lanceta estaba obligada á permanecer en su caja ¡oh! con cuánta satisfacción de mi con-

ciencia yo la hubiera desenvainado! Pero ese hombre acababa de encadenar mi voluntad y hacerse dueño de mis actos.

En la noche le administré los medicamentos convenientes, no dormí, y si este enfermo estaba atormentado por el dolor, yo estaba atormentado por la más cruel responsabilidad.

Al día siguiente, iba peor, y la muchedumbre de visitantes se entregaba á toda clase de comentarios.—¡Cómo! ¡nada de sangría! ¡nada de sanguijuelas! ¡nada de vejigatorios!..... ¡pero él lo sangrará.... pero es preciso que venga!..... ¿por qué no llamar otro médico?..... Todo el barrio estaba amotinado, con gusto se hubiera lapidado al pobre médico homeópata, y no se hubiera hallado embarazo en encontrar á alguno capaz de arrojarle la primera piedra.

Mas el enfermo fué mejor..... Es inútil referir los detalles de todo lo que pasó; basta que os diga que el décimo día, este obrero volvió á su trabajo, y que las personas que habían sido más hostiles á mi tratamiento, vinieron casi todas á consultarme.

Esta es la mejor multa honorable hacia la Homeopatía.

Este hecho, como todos los que he citado, pasó tal como lo he dicho; ahora, respecto al diagnóstico,

como médico y de buena fe, como hombre, no reconozco á nadie el derecho de dudar.

Desde este momento, mi entera conversión se verificó. Me convencí de que la Homeopatía podía tratar todas las enfermedades, tanto las agudas como las crónicas, las rápidas como las lentas, las mortales como las benignas. Desde ese momento nada de incertidumbre, nada de fluctuación. Me despojé del antiguo manto, y me revestí del nuevo. Entré en el santuario de Hahnemann, y cerré la puerta detrás de mí, para nunca oír silbar afuera el viento de las falsas doctrinas.

Si no os he hablado sino de mi persona en esta conferencia, no es por amor propio, ni por negocio puramente personal. Si no he referido sino hechos sencillos y curaciones que no podían pasar, en el mundo médico, por pequeños milagros, es porque, lo repito, en mi noviciado homeopático debía circunscribirme á los hechos sencillos, pero relativamente á mis primeras experiencias, estos hechos tenían una importancia infinita.

He querido, en una palabra, al describir lo que pasó en mí, expresar y hacer comprender lo que debería pasar en los demás. Ahora, respecto á sus relaciones en el mun-

do, sus obligaciones y deberes de estado, todo médico, ¿no está obligado á estar al corriente de todas las innovaciones médicas? Y cuando se le pregunta:—¿Conocéis tal doctrina? ¿Es perdonable responder no?.....

Todos los médicos deberían meditar estas palabras de Hahnemann: «Cuando se trata de curar, despreciar el aprender, es un crimen.» Máxima solemne y terrible ante la conciencia! Yo quisiera someter este dilema á las meditaciones de todos los médicos. Es conyente y creo que es muy difícil escaparse de su alternativa. Dedos cosas una:

ó la Homeopatía es una mentira ó una verdad. Sometedla á la experiencia, pero á una experiencia BIEN DIRIGIDA; si es una mentira, es preciso desenmascararla y ahogarla; si es una verdad, es necesario adoptarla y propagarla.

Levantaos, pues, todos los que dormís el sueño más culpable! ¡Sacudid vuestra sistemática indiferencia! ¡Escuchad los gritos y los dolores de la desdichada humanidad!.. Curar, aliviar, ó cuando menos consolar, tal es nuestra santa misión; abrir nuestra alma á la verdad, y seguir la marcha del progreso, tal es nuestro deber sagrado.



TERCERA CONFERENCIA

LOS ALOPATAS Y LOS ACADEMICOS

SI LA HOMEOPATÍA, COMO LO PRETENDEIS, ES LA VERDAD EN MEDICINA, ¿DE DÓNDE VIENE, QUE LOS MÉDICOS HOMEÓPATAS SON MENOS NUMEROSOS QUE LOS ALÓPATAS, Y QUE VUESTRA DOCTRINA ESTA PROSCRITA DEL SENO DE LAS FACULTADES Y RECHAZADA POR LAS ACADEMIAS?

A primera vista, esta reflexión parece encerrar la objeción más irrefutable. Esta objeción, sin embargo, es más capciosa que verdadera, y os voy á desenmascarar toda su astucia y artificio.

Que los médicos homeópatas sean aun poco numerosos, y que la Homeopatía experimente grandes obstáculos en su propagación, convengo, en ello, A LO MENOS EN FRANCIA, permitidme esta restricción, ya veréis el motivo en nuestra próxima conferencia.

Llevad por un instante vuestro examen al fondo de la cuestión, y no tardaréis en aperebirla á plena luz.

1° ¿Por qué la Homeopatía es rechazada por las Facultades? Porque los homeópatas son pocos numerosos.

2° ¿Y por qué los médicos homeópatas son poco numerosos? Porque la Homeopatía es rechazada por las Facultades.

Hé aquí lo que se llama un círculo vicioso, es decir, un falso razonamiento, cuyas partes correlativas se engendran y se destruyen por la misma causa, como un río, cuyo lecho no tuviera plano inclinado, y que en un balanceo perpetuo sobre el mismo nivel, no pudiera presentar ni manantial ni embocadura.

Examinemos el primer punto.

Si como ya lo he hecho entrever en nuestra última plática, la Homeopatía tuviese cátedras especiales, si existiese una escuela oficial, de la que se pudiera salir médico homeópata, sin estar obligado á pasar por la hilera de otra enseñan-